

*LA CUEVA DEL PARPALLÓ Y EL PALEOLÍTICO SUPERIOR
EN EL SUDESTE DE ESPAÑA*

Las vertientes españolas de los Pirineos y de los montes Cantábricos son ricas en cuevas y galerías con arte rupestre, clásicas, del Paleolítico superior. En la faja costera del sudeste de España, en cambio, mientras muchos abrigos están adornados con animadas escenas pintadas, clasificadas por Burkitt como grupo II del arte rupestre, no se había publicado ninguna serie completa o estratificada de vestigios de la actividad de los cazadores de la vieja Edad de la Piedra, hasta que el profesor L. Pericot García exploró científicamente la cueva del Parpalló, en la provincia de Valencia, en los años 1929-31. La lujosa publicación de sus resultados, retrasada, naturalmente, por la guerra civil, es de excepcional importancia, no sólo como contribución para llenar este lamentable vacío en nuestros conocimientos, sino también por los resultados altamente sorprendentes que recoge.

La cueva, en las laderas de Mondúber, se abre a un valle interior que desemboca en la llanurá costera de Gandía (al sur de Valencia). La estrecha cámara estaba llena con un depósito arqueológico de 8'50 m. de profundidad. Esta acumulación era de naturaleza arenosa y no estaba dividida por lechos estalagmíticos, suelos compactos o capas estériles. El excavador, por consiguiente, tuvo que clasificar sus hallazgos de acuerdo con capas arbitrarias, extrayendo el material por capas de 25 cm. Por fortuna, los restos eran tan abundantes, que permitieron reconocer de este modo nueve niveles principales, cada uno de ellos caracterizado estadísticamente por el predominio de tipos distintivos, muchos de los cuales se ajustan tan bien al conocido sistema franco-cantábrico, que éste puede legítimamente aplicarse en la descripción de la evolución del Parpalló. Traducidos a la terminología del profesor Garrod (esto es, usando el término de Gravettiense en vez del de Auriñaciense superior), los niveles fundamentales del profesor Pericot García pueden presentarse de la siguiente manera:

Nivel actual

IX.....	—0'80	Magdaleniense IV
VIII.....	0'80—2'50	Magdaleniense III
VII.....	2'50—3'50	Magdaleniense II
VI.....	3'50—4	Magdaleniense I
V.....	4 —4'50	Solutreo-Gravettiense
IV.....	4'50—5'25	Solutrense superior

III.....	5'25—6'25	Solutrense medio
II.....	6'25—7'25	Solutrense inferior
I.....	7'25—base	Gravettiense

En las capas basales, la cueva era muy estrecha, y la ocupación, probablemente fué sólo ocasional, ya que los restos obtenidos fueron en número escaso — sólo 15 huesos trabajados (todos ellos puntas sencillas) y unos 500 sílex, pero éstos incluyen varias buenas hojas cuchillos del tipo de la Gravette, y un par de puntas de dorso rebajado —. Y ya en este nivel, los excavadores recogieron 18 placas grabadas y 11 pintadas, de las que al menos cuatro presentaban figuras identificables de animales. El nivel siguiente, II, proporcionó 868 sílex, entre ellos media docena de puntas foliformes «protosolutrenses», de retoque unifacial, junto con puntas de hueso como las anteriores y 172 placas grabadas y 44 pintadas, que contienen 60 representaciones definidas de animales. El Solutrense medio proporcionó 79 útiles de hueso y 52 hojas de laurel de sílex. Algunas de estas últimas están retocadas por una sola cara; otras, por ambas. En la mayoría el retoque secundario es típicamente solutrense, pero en más de una cuarta parte el retoque es más tosco, recordándole a Pericot el Esbaikiense africano; entre 5'50 y 5'25 aparecen al menos dos puntas de retoque unifacial con pedúnculo central claro. La cifra de los grabados y pinturas se ha elevado, respectivamente, a 793 y 274, con un total de unos dos centenares de figuras animales.

Hasta aquí la evolución ha sido la normal, pero en el nivel IV empiezan las sorpresas. La mayor es el descubrimiento de no menos de 46 puntas de aletas y pedúnculo, trabajadas en la técnica solutrense, pero en tamaño, forma y ejecución comparable a las más bellas puntas de flecha de la Edad del Bronce británico. Estaban acompañadas por una veintena de puntas de laurel solutrenses, un par de puntas de sauce y una docena de puntas esbaikienses, así como 231 hojitas de dorso rebajado con escotadura. Algunas de estas últimas parecen exactamente iguales a las formas del este de Europa, también representadas en Kostienki, mientras otras «son verdaderos microlitos». Y realmente, como una nueva sorpresa, el autor reproduce dos microburiles seguros y dos posibles. Se obtuvieron catorce puntas de hueso entre las que hay una con bisel sencillo en la base y otra con base poligonal, 770 placas grabadas y 388 pintadas, que incluyen 110 animales. Del V tenemos sólo cinco puntas de flecha de pedúnculos y aletas, entre 20,000 sílex, pero 168 puntas de escotadura, numerosos microlitos y 7 microburiles claros. En 286 placas grabadas y 170 pintadas se representan unos 110 animales. Tenemos, por tanto, una cultura Gravettiense desarrollada superpuesta al Solutrense superior especializado del nivel IV.

Pero en la capa superior del nivel V, el excavador obtuvo ya varias

puntas de dardo de asta, de bisel sencillo; entre ellos, dos ejemplares grabados, idénticos a los de Le Placard. Del nivel VI se representan dos ejemplares, que muestran un paralelo semejante con este tipo, y 25 sólo ligeramente menos típicos. En las 286 placas grabadas y 170 pintadas del nivel VI hay todavía 39 animales, de los cuales tres están pintados. De manera que la transición del Solútreo-Gravettiense al Magdaleniense parece completamente gradual. Pero hay un cambio verdadero que se refleja en el material. El nivel VI dió 251 instrumentos de hueso y asta contra 142 del V; por el contrario, por encima de 3'75 los sílex, finamente trabajados, y microlitos tienden a dejar paso a hojas sin retoque, raspadores sencillos sobre hoja y raspadores nucleiformes. En el nivel VII tenemos no menos de 864 útiles de hueso y asta que incluyen una aguja y tres puntas de hueso acanaladas, 426 placas grabadas, pero sólo 53 pintadas, con 35 animales y 24 motivos geométricos. El nivel VIII representa el depósito más extenso de la cueva, proporcionando 1,559 ejemplares de industria ósea, entre ellos 6 agujas y tres puntas de doble bisel, 1,014 placas grabadas y 78 pintadas, con 132 animales y 133 motivos geométricos; una mayor variedad de sílex, entre ellos raspadores nucleiformes, pero también, de nuevo, microlitos y un microburil, y, finalmente, algunos útiles de cuarzo que preludian formas asturienses. El último nivel produjo sólo 588 útiles de asta, entre ellos más de 24 puntas de doble bisel y dos arpones rudimentarios, 303 placas grabadas y 27 pintadas, con 65 animales y 25 motivos geométricos, pero con un buen número de tipos microlíticos que comprenden algunos triángulos y medias lunas, así como microburiles, y, por último, útiles de cuarcita de aspecto totalmente asturiense.

La fauna, tratada en un capítulo aparte, no proporciona ninguna ayuda para la cronología de la estación, ya que no están representados animales extinguidos en ningún nivel y no se han observado cambios importantes. En todos los niveles, la caza más popular era la cabra pirenaica, después de la cual seguían, en orden de popularidad, el ciervo común, el conejo, el caballo, el corzo y el buey salvaje. El jabalí, el lince, el zorro, el *Cervus dama* y algunos huesos de pescado están pobremente representados, pero es importante que unos pocos huesos del Magdaleniense I son atribuidos a alguna especie de carnero. Ésta no es de ningún modo una fauna fría, sino que indica un clima no muy distinto del presente, aunque acaso más húmedo y que presupone bosque.

El descubrimiento de una cultura Solutrense bien desarrollada tan al sur, firmemente fijada por la estratigrafía en su propio lugar, dentro de la evolución del Paleolítico superior, es en sí mismo un éxito; pues las anteriores noticias de útiles solutrenses del sudeste de España habían sido miradas con cierto escepticismo. El descubrimiento de este conjunto de puntas de flecha que en todos los aspectos son comparables a los mejores tipos de la Edad del

blecer estratigráficamente una evolución de estilos tal como Breuil ha deducido de las superposiciones en el arte rupestre de la región franco-cantábrica. Por el contrario, el mismo nivel puede ofrecer pinturas de estilos totalmente distintos, como muestra en seguida la comparación de las figuras 190, 192 y 195, por ejemplo. Y si el estilo del Parpalló se compara con el de otras provincias del arte paleolítico, parece en conjunto acercarse más bien a la escuela franco-cantábrica que al grupo II del arte rupestre, al cual, geográficamente, cabría esperar que perteneciera. En todo caso, el Parpalló no ha dado ninguna de aquellas escenas cinemáticas con figuras humanas que, generalmente, se consideran típicas del estilo del grupo II del sudeste de España.

Muchas bellas hipótesis han sido refutadas por la prueba experimental de las excavaciones de la cueva del Parpalló. Antiguos problemas planteados de nuevo se han añadido a las nuevas cuestiones provocadas por el material ahora descubierto.

En un largo capítulo comparativo el autor discute estos problemas con gran prudencia y gran erudición, dando citas, que agotan la materia, de la bibliografía fundamental, incluyendo varios trabajos que, por haber sido publicados en Italia y Francia después de 1939, son todavía desconocidos en este país. Para la prehistoria general de la humanidad los problemas más críticos son las relaciones de las culturas del Paleolítico superior del sudeste de España con las del Norte de África, el origen del Solutrense y la posición cultural y cronológica del grupo de arte rupestre y levantino.

En otro tiempo se supuso que durante los períodos Solutrense y Magdaleniense franco-cantábricos, el sudeste de España había pasado a ser una provincia colonial del Capsiense africano. Esta atrayente teoría, ya muy mal tratada por Vauflrey, ha sido completamente demolida por las excavaciones del Parpalló. Por otro lado, Pericot acepta los microburiles de los horizontes IV y V, que vuelven a aparecer en el IX, como pruebas de una verdadera influencia capsense. La sorprendente semejanza de un motivo geométrico en el nivel V con un grabado del Capsiense típico de El Mekta, refuerza esta sugestión. Por el contrario, fué casi un dogma que la cultura Solutrense llegó a Francia desde alguna comarca oriental, por lo menos desde Hungría. Pero cuando la publicación de las excavaciones soviéticas mostraron que no había Solutrense alguno al este del Dniéster, incluso Hungría pasó a ser más bien una cuna excéntrica, y todavía parece haberlo sido menos ahora que la zona de la cultura se ha extendido al sudeste de España. Durante este tiempo, la provincia solutrense ha sido unida a la gran zona africana de puntas esbaikienses y de Still Bay, que también tienen forma de hoja y están trabajadas por ambas caras, cuando no con la verdadera técnica solutrense. Reconociendo esto, Pericot escribe : «...no es temerario suponer que algún día podrá probarse que todo este conjunto de bandas que descubrimos

Bronce, es absolutamente revolucionario. Proporcionan la primera evidencia indiscutible del uso del arco en Europa, un invento que muchos habían pensado que, por lo menos en Occidente, había sido introducido en los tiempos mesolíticos. Conviene insistir en que el ambiente en que aquél se usó en España y, por consiguiente, la caza perseguida por los arqueros, era esencialmente los mismos que exigieron su empleo en los tiempos postglaciales, cuando las grandes manadas de herbívoros habían sido expulsadas de la Europa atlántica, también por el avance del bosque. Casi tan perturbadora para las ideas corrientes es la aparición en el mismo horizonte de microburiles admitidos hasta ahora en Europa como indicadores de la cultura Tardenoiense, mesolítica. Finalmente, la extensión de un Magdaleniense tan estrechamente paralelo al de la región franco-cantábrica, es un hecho enteramente nuevo; nada magdaleniense se conocía hasta ahora en toda la región levantina española, fuera de Cataluña.

Mucho más excitante y no menos sorprendente es el arte del Parpalló. La cueva proporcionó no menos de 5,968 placas, grabadas, pintadas o ambas cosas a la vez. En más de 2,500, realmente las líneas parecen del todo casuales. En una minoría se pueden reconocer representaciones de animales claros, o, más raramente aún, motivos claramente geométricos. De los primeros, el ciervo es el que se representa más comúnmente, siguiéndole cabras, caballos y bueyes. Hay unos pocos felinos y cánidos, dos jabalíes y una gamuza. El animal puede ser silueteado con líneas grabadas solamente, excepcionalmente con líneas muy profundas y amplias, que producen el efecto de bajorrelieve, que los prehistoriadores franceses denominan «champlevé»; en dos ejemplares del nivel II el cuerpo dentro de la silueta ha sido rayado. Las siluetas grabadas pueden ser reseguídas con pintura roja y negra, o toda la figura llenada con estos colores. Más raramente las figuras están simplemente pintadas en silueta o tinta plana. El profesor Pericot demuestra, por medio de estadísticas detalladas, que esta actividad artística, medida por el número de ejemplares por decímetro del depósito, aumentó hasta el nivel V, entonces decayó bruscamente en el Magdaleniense I y II y subió de nuevo en el nivel VIII; a juzgar por el porcentaje (62'2) de representaciones animales entre el total de placas con arte, la productividad máxima se alcanzó en el nivel II y empezó a declinar ya en el IV, para alcanzar de nuevo un alto porcentaje (29'6) en el nivel superior. De algún modo, sin embargo, la relativa decadencia del arte figurado en el Magdaleniense está compensado por un aumento del número de placas con dibujos geométricos claros, que alcanzan un máximo de 133 en el Magdaleniense II (nivel VIII), siendo la cifra mayor que le sigue la de 31 del Solutrense superior, o nivel IV. Por último, la pintura se practicó mucho más intensamente en los niveles inferiores, y decayó enormemente en el Magdaleniense. Más allá de esto parece imposible esta-

moviéndose en Europa sobre unos pueblos fundamentalmente auriñacienses, y que iban armadas con aquellas magníficas puntas de retoque superficial, procedían, en último término, de África.» Pero continúa haciendo notar que «en ningún otro lugar de Europa contamos con una serie tan completa de la evolución de la punta solutrense como en el Levante español». Aquí él sugiere que puede localizarse un foco europeo solutrense: «Una vez admitido que tenemos en el Parpalló un foco, aunque sea secundario, no nos costaría tanto el suponer que, efectivamente, el primer impulso en el camino del Solutrense y tal vez sucesivas aportaciones, se recibieron de los focos esbaikio-aterienses africanos.» (En realidad, él supone, lo que la expedición de El Kharga ha comprobado, una fusión cuando no identidad entre las culturas aterienses y esbaikienses.) Así, las puntas de flecha del Solutrense superior del Parpalló serían inspiradas por las puntas levalloisienses, de forma semejante, que caracterizan el Ateriense del Norte de África. «...de ahí derivarían todos los pedúnculos europeos, incluso el de las puntas de La Font Robert, transcripción en «auriñaciense» de la creación solutrense meridional.»

En cuanto al arte, las excavaciones han demostrado que los primeros cazadores del Parpalló pintaron y grabaron animales fundamentalmente no distintos en estilo de algunos representados en ciertos abrigos del grupo II, tales como Albarracín. En el Parpalló, esta tradición pictórica fué interrumpida por la intrusión de los magdalenenses del norte. «Los pintores — continúa — deben haberse refugiado en las montañas o en las comarcas meridionales. Siguen pintando en los abrigos de Levante, y en algún momento de la evolución artística se inicia la representación de figuras humanas», tal como hemos llegado a considerar como distintivo del arte del grupo II. Concluye con una breve referencia a una excavación, iniciada en 1941, la cual, aun cuando no confirma la teoría, ayuda a definir el momento postulado. El lugar es la cueva de La Cocina, situada en un valle rico en abrigos adornados con pinturas clásicamente representativas del grupo II, tales como faltan en las proximidades del Parpalló. Los pintores deben — piensa el autor — haber frecuentado la cueva. Contiene un depósito de dos metros y medio de espesor que produce «una industria muy monótona: microlitos geométricos y hojas con muescas, con algunos otros elementos de tradición paleolítica superior». Podría aclarar «la etapa que sigue en el Levante a la desaparición de los magdalenenses del Parpalló. Etapa que sería la primera fase de la larga evolución que conduce hasta el Neolítico de esta región, con abundancia de microlitos y cerámica cardial». Deduzco, pues, que las danzas, luchas, escenas de caza y domésticas del grupo II del arte, pueden, en el mejor de los casos, difícilmente ser anteriores al Magdaleniense último, en términos de la evolución francesa.

El trabajo está presentado en buen papel y profusamente ilustrado con admirables dibujos y excelentes fotografías. Más de 500 grabados con 50 fotografías ilustran todos los mejores grabados, mientras que 65 dibujos y cuatro fotografías están dedicados a las pinturas.

Hay únicamente dos planos, pero más de mil útiles están reproducidos en 79 figuras en el texto y cuatro láminas. Tres cuadros estadísticos resumen los resultados de las observaciones estratigráficas, minuciosamente registradas en el texto. Pero se hace notar que dos terceras partes, aproximadamente, de los sílex están todavía en espera de clasificación. El profesor Pericot ha de ser felicitado, y merece nuestra gratitud, no sólo por el cuidado y pericia con que ha conducido la excavación y los brillantes frutos que premiaron sus trabajos, sino también por la perfección con que ha publicado sus resultados y la maestría con que ha utilizado el material comparativo para analizarlos. — V. GORDON CHILDE.

NOTA. — El anterior trabajo del profesor V. GORDON CHILDE, de la Universidad de Edimburgo, ha sido publicado en la revista *Antiquity*, vol. XVIII, marzo de 1944, págs. 29-35. Va acompañado de varios grabados, reproducción de los del libro reseñado, que no era necesario reproducir aquí. Por los puntos de vista que expone y dada la autoridad de su autor, hemos creído que sería de interés para los lectores de *Ampurias* el traducir el artículo de ilustre prehistoriador inglés.

EL INSTITUTO ARQUEOLÓGICO DEL IMPERIO ALEMÁN CREA UNA SECCIÓN EN MADRID

Con verdadera satisfacción recogemos en nuestro *Noticario* este hecho que muestra el interés que la Arqueología española viene despertando entre los especialistas extranjeros. La Institución que ahora nace ha tenido sus precedentes en las Secciones que el Instituto Arqueológico del Imperio Alemán creó desde su fundación en otras capitales como Atenas y Roma primero y El Cairo y Constantinopla más tarde. La tarea científica realizada por estos activos Centros de cultura dedicados a la investigación de la arqueología de la antigüedad de los respectivos países ha sido enorme. Dotados de magníficas bibliotecas y de series propias de publicaciones, es mucho lo que la ciencia arqueológica debe ya a las citadas Secciones del Instituto Alemán. De aquí que registremos con complacencia el nacimiento en Madrid de la Sección española del mencionado gran Centro de investigación alemán.

Ello no sólo permitirá que se orienten hacia el estudio de nuestra rica Arqueología clásica y prehistórica los especialistas alemanes, sino que nos ayudará a todos los españoles a conocer la literatura alemana en este campo de la investigación, disponiendo de una magnífica biblioteca especializada.